

Marian Izaguirre

EL LEÓN DORMIDO

algaida
eco

La novela *El león dormido*, de Marian Izaguirre, recibió el IX Premio de Novela Ciudad de Salamanca.

© Marian Izaguirre, 2005
© Algaida Editores, 2005, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-357-6
Depósito legal: Na.-413-2010
Impresión: Rodesa, S. A.
(Rotativas de Estella)
31200 Estella (Navarra)
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

AVECES, EN MIS SUEÑOS VEO UN POBLADO. AL FONDO hay una tienda de campaña con la bandera rifeña, un rombo blanco, una luna verde y una estrella, y más allá, desenfocado, el campamento militar de los rebeldes, fardos, caballos, armas y una bruma confusa que lo deja todo reducido a un espacio sin contenido, puramente referencial. El silencio resulta totalmente sobrecogedor. Luego la veo a ella. La pequeña mestiza que Gerald Holbrooke immortalizó para siempre; el pelo abundante y rizado, cubierto por una gasa, la sonrisa luminosa y los ojos rasgados... Es todavía joven y hermosa. Me habla con la voz que tendrá después. Muchos años después...

Es extraño. Todo sucedió tan deprisa...

Miranda se marchó un veintiuno de junio. Ese mismo día conocí a Lucía Osman.

Fue a comienzos del verano de 1995. Recuerdo que era miércoles. Llegué a casa después de haber vagado durante toda la noche por una ciudad de apariencia interminable: bares desconocidos, oscuros y ruidosos antros, calles periféricas, en fin, un laberinto en el que es muy fácil perderse, sobre todo cuando uno lleva el caos instalado en su propio cerebro. Ape-

nas tenía fuerzas para desvestirme. Tiré los pantalones al suelo y me desplomé sobre la cama. Y, de pronto, vi el papel. Era amarillo y estaba cuidadosamente desplegado sobre la mesilla de noche. Inmediatamente intuí que ese pequeño trozo de papel tenía algo que ver con Miranda. Me senté en la cama y traté de descifrarlo. No fue difícil. El mensaje era tan contundente como un puñetazo entre ceja y ceja: mi última novia, una pelirroja norteamericana de aspecto salvaje y carácter más salvaje todavía, había comprado un billete de avión, Madrid-Nueva York-Búfalo, y lo había cargado a mi número de cuenta. Ni siquiera consideré adecuado escribir una escueta nota de despedida, eres un cabrón, no quiero volver a verte, desaparece de mi vida. No. Miranda se las había arreglado para poner tierra por medio y dejarme, de paso, una deuda de casi cien mil pesetas. En fin, debo reconocer que no le faltaban razones para obrar de ese modo, así que me levanté, me puse los mismos pantalones con los que había estado deambulando durante toda la noche por el territorio de la confusión y me fui a ver a César.

Debía de tener un aspecto bastante lamentable, barba de dos días, ojeras y aquel pantalón de dril completamente arrugado. Entré en la productora, saludé con la mano a la recepcionista que me miró como si fuera a robarle el bolso de un tirón y entré en el despacho de César.

El vídeo estaba encendido. César se encontraba de espaldas a la puerta, en el sofá, delante del monitor y tenía una goma elástica en las manos. Por la pantalla se deslizó la última secuencia de un reportaje que habíamos editado la tarde anterior. Era una imagen

muda. Una puesta de sol en las costas de Barbate. Sobre la arena, destrozada por la marea, se podía ver una patera y al fondo una pareja de la guardia civil.

—Vaya —exclamó César al verme. Su voz tenía el inconfundible matiz de alguien que está harto de esperar—. Llegas precisamente a destiempo, como siempre. Te estoy llamando al móvil desde las nueve de la mañana, pero lo tienes apagado. ¿Por qué llevas ese jodido teléfono si nunca lo conectas?

Eché mano al bolsillo de la camisa y me di cuenta de que, en aquella ocasión, ni siquiera lo llevaba encima. Por un instante temí haberlo perdido, pero luego recordé una silueta oscura en la mesilla de noche, justo al lado de aquella nota amarilla en la que se podía leer el itinerario Madrid-Nueva York-Búfalo. César me miraba con impaciencia, mientras yo intentaba desembarazarme de aquella estúpida imagen.

—¿Qué demonios te pasa? Tienes una pinta horrible.

Hice un gesto con la mano, queriendo dar a entender que no estaba para demasiadas explicaciones.

—¿Resaca?

—Más o menos. Miranda me ha dejado.

César no pareció sorprendido.

—¿Definitivo?

—Supongo. Se ha ido a Búfalo.

—Definitivo —sentenció con tono indiferente—. Bien, pues vamos a lo nuestro.

Hice ademán de ir hacia el sofá, pero César se levantó en ese mismo momento. Tenía cara de pocos amigos. Con un expresivo barrido de mano, señaló la pantalla en la que no quedaba el más mínimo resto de

algo que había estado allí y que evidentemente le preocupaba.

—Acabo de ver tu cinta. No vale, Pablo, no vale. ¿Qué coño crees que puedo hacer con eso? No tiene entidad documental, no es espectacular, ni revulsivo, ni siquiera puedo venderlo como un reportaje de actualidad. ¿Quieres decirme qué demonios has estado haciendo en los dos últimos meses? Pensé que esta vez me traerías algo con lo que pudiéramos trabajar. Y me entregas esta mierda sobre los magrebies que cruzan el estrecho. ¿Tienes idea de cuántos reportajes de este tipo se emiten semanalmente por televisión? Si queremos que nos compren el material hay que ser originales, hay que echarle imaginación, arriesgarse y explotar las noticias que gustan a la gente. Te dije que hicieras algo histórico, algo sobre los duques de Windsor o sobre el hundimiento del Titanic, eso es lo que la gente quiere ver, cosas que permanecen en la memoria colectiva y que se agrandan con el tiempo, hermosas historias de amor y grandes catástrofes que se recordarán siempre; pero no, el señor Pablo Ferrer está demasiado ocupado arruinando su vida y no puede tomarse nada en serio. De verdad chico, no sé qué pretendes.

Me encogí de hombros. No me resultaba fácil articular ninguna de las supuestas disculpas que César esperaba de mí. Por mucho que me esforzara no sería capaz de pronunciar nada más allá de ese sencillo y elemental pensamiento: Miranda se ha ido a Búfalo.

César sacó la cinta del magnetoscopio y me la tendió con un gesto de desesperación.

—Joder, Pablo. Como sigas así, dentro de poco estarás acabado.

Le miré con ojos vidriosos, los mismos ojos de borracho insomne con los que solía mirar a Miranda por las mañanas. Tenía esa irritante actitud paternalista que me sacaba de quicio. Me acerqué a la ventana y deslicé la vista por un paisaje de rascacielos y terrazas con piscina, mientras él se explayaba en uno de sus aburridos sermones sobre la competitividad del mercado. A mí todo aquello me producía un aburrimiento mortal, ni siquiera era su socio, así que me traían sin cuidado sus desvelos y sus jodidas preocupaciones de empresario, yo sólo era un periodista a sueldo que trataba de sobrevivir a su propia destrucción.

Mientras él hablaba y hablaba, me dediqué a recordar los viejos tiempos. Habíamos trabajado juntos durante los difíciles años de la dictadura franquista. Fueron días duros, intensos, de una extraña complejidad. Hicimos una verdadera revolución de tinta que iba a servir para cambiar el país y la sociedad. Parece que nos acompañó el éxito. Los periodistas nos convertimos en los héroes de finales de los setenta. Hubo muchos que aprovecharon la ocasión, tomaron posiciones, coparon los puestos de máxima responsabilidad y se arrimaron al poder sin el más mínimo escrúpulo. Pero a otros pocos la luz de la batalla nos había dejado ciegos. César pertenecía al primer grupo, estaba tan orgulloso de sí mismo que no podía comprender el origen de mi desencanto, ni el escozor de los sueños que se evaporan sin dejar más que un charco húmedo en el lugar donde antes habitaron el deseo, la fuerza o la voluntad.

Cuando montó la productora y me llamó, yo ya no era el mismo de antes. Estaba un poco desinflado, no te-

nía ganas de seguir recibiendo consignas políticas, ni estaba dispuesto a pelearme a diario con unos jefes de redacción que cada año eran más jóvenes que yo. César lo sabía y aceptó mis condiciones. Me dejaba ir a mi aire y tenía paciencia para aguantar mis crisis existenciales, aunque últimamente parecía desconcertado. Lo notaba en sus ojos, en el tono que utilizaba, en la desconfianza que le producía hacerme cualquier encargo, y en el empeño que ponía en cerciorarse de que no le iba a dejar en la estacada. Tenía motivos para desconfiar, eso no puedo negarlo. Últimamente había cometido varios errores de bulto que nos habían costado caros. César los había asumido con la esperanza de que yo recuperara el tono, pero cada día que pasaba su paciencia era menor y mis excusas menos convincentes.

Lo decidí en ese mismo momento. O quizás unos instantes antes, cuando la estúpida chica de la recepción hizo ese gesto, o mucho más atrás, al despertar y ver que Miranda se había largado, incluso puede que lo decidiera el día anterior, mientras bebía en la barra de un bar desconocido y mi estado de ánimo, similar al de un navegante segundos antes de que estalle una tormenta, parecía querer avisarme de todo lo que a partir de ese momento iba a suceder.

—Está bien —dije con voz extraña—. Iré a ver a esa mujer.

César tardó en comprender. Luego cayó en la cuenta y vi cómo le cambiaba la expresión.

—¿Estás seguro?

Asentí convencido de que me estaba complicando la vida sin necesidad.

—Bien —dijo él—. Por fin tomas una decisión sensata. Creo que te vendrá muy bien tener algo sólido entre manos. ¿Cuándo quieres ir?

Me encogí de hombros. No sentía el más mínimo interés por nada de lo que una vieja chiflada pudiera contarme. César me miró fijamente y murmuró con tono pensativo:

—Si no te conociera, pensaría que has perdido el instinto que te hizo ser alguien en esta profesión.

Luego, sin duda temiendo que pudiera volverme atrás, añadió:

—Diré que te preparen una cita para esta misma tarde.

Salí del edificio con la sensación de que César ponía demasiado énfasis en una historia que a mí me dejaba totalmente frío. Al fin y al cabo ¿a quién le importaba lo que sucedió en Marruecos a principios de este siglo? Salvo para unos cuantos chalados del tipo Médicos sin Fronteras, África no estaba de moda, era un continente devorado por las guerras, las hambrunas y el sida. A ningún gobierno occidental le interesaban lo más mínimo las minas del Rif o los fosfatos del Sáhara Occidental. La codicia colonial de los años veinte se había transformado en un gesto de aparente buena voluntad, oenegés y una parte del producto interior bruto, una patética mascarada que pretendía frenar la desesperación de varios millones de ojos cubiertos de moscas que podían invadirnos en cualquier momento. África era el suburbio del mundo y Marruecos la parte menos patética de ese suburbio, el barrio menos miserable y el que estaba más próximo a la civilización. Por eso siempre había sido nuestra principal amenaza.

Me metí en el primer bar que encontré y pedí un café doble. Luego comí un reseco canapé de anchoas, un poco de tortilla y me tragué dos aspirinas procurando que no se me quedaran, como siempre, atasgadas en la garganta.

Bien. ¿Y ahora qué? Eran las tres y media de la tarde, hacía calor y no tenía ganas de ver a nadie, menos aún a esa irritante mujer que llevaba meses persiguiéndome. Al parecer había visto uno de mis últimos trabajos, una serie de cuatro capítulos sobre el desastre de Annual, y tenía interés en hablar conmigo. ¿Por qué? Cualquiera sabe. Seguramente era una de esas chifladas que cree poseer un valioso secreto histórico, cuando lo único que tiene en sus apolillados cajones es un montón de aburridas cartas de amor atadas con un lazo rosa.

Por un instante pensé que lo mejor que podía hacer era irme a casa y dormir hasta que mis propias pesadillas me lo permitieran. Pero luego recuperé ese pensamiento confuso, Miranda me ha dejado, y admití que no tenía el más mínimo deseo de enfrentarme a la situación, no quería quedarme tumbado sobre nuestra cama, a oscuras, pensando en ella, no deseaba imaginarla en el avión, llorosa y deprimida, contándole sus desventuras a cualquier desconocido, porque Miranda era una persona expansiva, incapaz de consumirse con su propio dolor y a la primera de cambio echaba fuera de sí cualquier asunto que pudiera perjudicar su estupendo equilibrio mental. Justo lo contrario que yo. Recuerdo que me fascinaba su predisposición para ser feliz, esa especie de mecanismo contra el dolor que poseía de forma más bien intuitiva

y que funcionaba a la perfección. No era difícil vivir con ella, eso es cierto; pero las cosas nunca nos fueron bien del todo. Por mi culpa seguramente. La última crisis se había desencadenado unos meses antes. Miranda quería tener un hijo y yo no me sentía capaz de asumir esa responsabilidad. La historia del embarazo se había enquistado y, por más que trataba de hacerle ver que estaba absolutamente incapacitado para ser padre, ella no cejaba en su empeño, insistía con total obcecación y me ponía contra las cuerdas, de tal modo que a veces me entraban deseos de salir corriendo hacia cualquier parte donde no me topara con sus ojos implorantes. En fin, me había dado un plazo y el plazo se había acabado. Eso era todo.

Llegué a la calle Ayala casi sin darme cuenta y busqué el número de la casa. Era un edificio de los años veinte, ligeramente modernista, fachadas armoniosas, sin estridencias, amplias escaleras y un tufo burgués que calaba hasta los huesos. El portero no estaba. Subí andando hasta el primer piso y llamé a la puerta. Me abrió una mujer mayor, de aspecto bastante vulgar, que supuse era ella.

—¿La señora Lucía Osman? Soy Pablo Ferrer. Creo que usted quería verme.

No respondió inmediatamente, pero me miró como si se sintiera defraudada. Mi aspecto no era el más adecuado y eso resultaba evidente incluso para mí mismo. No obstante, se hizo a un lado y me franqueó la entrada con un gesto de desconfianza.

—Sígame, por favor.

Cruzamos el vestíbulo y avanzamos por un pasillo enormemente largo, a cuyos lados se intuían varias

habitaciones cerradas. La casa entera olía de un modo extraño, como si nadie hubiera abierto una ventana desde hacía varias décadas.

Ya me estaba arrepintiendo de mi decisión, cuando la mujer empujó una puerta y me vi dentro de un cuarto que, a pesar de la oscuridad, reconocí como uno de esos amplios gabinetes que se usaban a modo de biblioteca. Era una estancia rectangular, de techos increíblemente altos, que me produjo cierta impresión claustrofóbica, quizá porque las paredes estaban cubiertas de libros y unas gruesas cortinas de color oscuro permanecían cuidadosamente echadas sobre cada una de las ventanas. El ambiente era opresivo y un poco fantasmal. Había una mesa de despacho justo al fondo, un diván algo raído, una chimenea en el centro geográfico de la pared y más allá, en la zona de máxima penumbra, una especie de bulto deforme que tenía la apariencia de una silla y que, justo cuando mis ojos intentaban descifrar su forma precisa, se movió ligeramente, como impulsado por un mecanismo hidráulico. Casi al mismo tiempo oí una voz:

—Descorre las cortinas. Quiero ver el rostro de nuestro huésped.

La mujer que me había recibido se dirigió a la ventana, tiró de la pesada tela hacia los lados y dejó que entrara un poco de luz. Me di cuenta de que debía de ser una criada.

—¡Basta! —ordenó el bulto informe—. Es suficiente.

La luz se había detenido antes de llegar al lugar del que partía la voz. Pero, efectivamente, fue suficiente para que yo pudiera distinguir una figura sentada so-

bre una silla de ruedas y comprendiera inmediatamente que Lucía Osman, la vieja que me había estado dando la lata durante los últimos meses, era la misma mujer que ahora me observaba con curiosidad desde su pequeño trono de inválida.

—Acérquese, señor Ferrer —dijo con un tono que pretendía ser amable y que, sin embargo, resultaba inequívocamente autoritario—. Siéntese aquí, a mi lado.

Señaló una butaca que había junto a un velador lleno de periódicos viejos. Me senté sin poder apartar los ojos de ella. Debía ser muy mayor, tenía el rostro surcado por finas arrugas y el cuerpo consumido de los inválidos, pero la pulcra compostura de su ropa y el cabello cuidadosamente peinado, así como la inevitable visión de unos pesados pendientes, varios anillos y una enormidad de pulseras que tintineaban bajo sus nervudas manos de vieja, ponían de relieve que era una mujer preocupada por la impresión que su aspecto físico pudiera causar en los demás. Seguramente se hacía llevar cada semana al peluquero y dormía con el estuche de las joyas debajo de la almohada. También se podía apreciar a simple vista que, a pesar de los años y de su estado, estaba acostumbrada a salirse con la suya.

—No se fíe de las apariencias —dijo, como si adivinara mis pensamientos—. Soy muy vieja, es cierto, y llevo muchos años atada a esta silla de ruedas, pero mi cabeza funciona mejor que mis pobres piernas. Ya se dará usted cuenta.

Hice un gesto ambiguo, porque todavía no había encontrado las palabras, aunque reconocí que dentro

de mi cerebro se había disparado un resorte y supuse que, a partir de ese momento, me vería acosado por una molesta propensión a mantenerme en estado de alerta. Mientras tanto, ella continuaba mirándome sin ningún tipo de disimulo, evidentemente interesada por mi aspecto físico y atenta a cada uno de mis torpes movimientos.

—Es usted mucho más joven de lo que imaginaba —dijo con aparente contrariedad.

Y después de un breve silencio, como si reflexionara en voz alta, añadió:

—Bien, quizás eso no sea exactamente un inconveniente. Puede que su juventud me sea propicia.

—¿Propicia? —pregunté con desconfianza—. ¿Para qué?

—Calma, señor Ferrer, calma. Hay tiempo para las explicaciones.

Hizo un gesto a la mujer que me había abierto la puerta. La criada se acercó rápidamente.

—Sírvele al señor Ferrer algo de beber. Creo que le irá bien un buen vaso de café con hielo —ordenó sin tomarse la molestia de consultarme.

Luego, me miró otra vez detenidamente y sonrió:

—Tiene aspecto de haber pasado la noche en vela. ¿Me equivoco?

Me asombró su perspicacia y no pude reprimir una sonrisa de asentimiento.

—Bueno —añadió—, puede que éste no sea el mejor momento para usted, pero ha venido a verme y eso es lo único que importa.

—Ha insistido usted mucho. Al final no me quedaba otro remedio.

—A mí tampoco, señor Ferrer. A mí tampoco.

La conversación empezaba a desarrollarse en un terreno excesivamente ambiguo para mi gusto. La idea de que podíamos pasarnos la tarde hablando en esos términos pudo más que mi sentido de la prudencia, así que pregunté con brusquedad:

—¿Qué quiere exactamente de mí?

Me miró con ojos cansados y respondió:

—Sus conocimientos. Su fuerza. Su curiosidad.

—¿Para hacer qué?

—Para que encuentre algo que yo no puedo buscar.

Eso tenía gracia. Mis conocimientos sobre cualquier cosa, incluido yo mismo, eran totalmente superficiales, mi fuerza bastante escasa, y mi curiosidad se limitaba a saber cuántos whiskys era capaz de beber antes de caer en estado de total inconsciencia, el único espacio moral por el que me sentía con ganas de transitar. Iba a decirle que cogiera las páginas amarillas y llamara a una agencia de detectives, cuando la sirvienta entró con el café y una caja de cartón que entregó a la anciana.

—¿Puedo fumar? —pregunté mirando con prevención aquella caja.

—Desde luego —respondió inmediatamente ella—. A mi edad, y en mi situación, sería ridículo preocuparse por un poco de humo, ¿no cree?

Saqué la cajetilla de Luxor y la puse sobre la mesa. La vieja me miraba con curiosidad.

—Nunca he visto esos cigarrillos —dijo.

Le ofrecí uno y lo aceptó.

—Son bajos en nicotina —murmuré sin convicción.

—Bobadas —dijo ella, mientras yo le acercaba la llama de mi mechero de gasolina—. Seguro que son un invento americano para que la gente fume el doble.

—Están hechos en Alemania.

Sonrió como si no me creyera en absoluto. Dio una potente bocanada. El humo salió por su nariz como un chorro de vapor en una caldera vieja. Luego tosió varias veces y dejó el cigarrillo en un cenicero de plata hasta que se consumió.

—¿Así que quiere que yo le ayude a buscar algo? —pregunté con un tono excesivamente sarcástico.

Ella seguía sonriendo como si guardara una carta en la manga.

—No se precipite en darme una respuesta. Espere un poco. Creo que encontrará muy interesante lo que tengo que contarle.

—Bien —asentí con fastidio—. Pues empiece usted.

La anciana tenía la caja sobre su regazo y se ayudó con ambas manos para girar la silla, hasta que quedó situada a escasos centímetros de mi butaca. Pensé que iba a ser difícil librarme de ella.

—Vi su reportaje en televisión —dijo en el momento en que nos quedamos a solas—. Por eso le he buscado.

Yo sabía que se refería a un documental sobre la guerra de Marruecos. César me había informado que había una vieja chiflada que pretendía tener información de primera mano sobre lo que sucedió en el Rif y que se empeñaba en hablar personalmente conmigo, pero no le di demasiada importancia. Durante los años siguientes a 1921 surgieron sistemáticamente testigos excepcionales del desastre, milagrosos super-

vivientes que contaban a los periódicos fantásticas aventuras, muchas de ellas producto tan sólo de su imaginación y de un inusitado afán de notoriedad. Pero con el lento transcurrir de los años esa llama se había apagado y las voces de Annual habían enmudecido una tras otra. Ahora me resultaba difícil creer que alguien tuviera algo más que añadir a todas esas páginas que se amontonaban en las hemerotecas y que sólo algún chiflado como yo se empeñaba en despolvar de cuando en cuando. No obstante, quizás la vieja tuviera de verdad algo interesante que contar. Pensé que era conveniente hacerme el tonto y dejar que se explicara.

—He hecho reportajes para muchas cadenas de televisión —le respondí con premeditada arrogancia—. ¿A cual de ellos se refiere?

—Al único que puede interesarme. Ya sé que ha estado en el Norte de África varias veces. Leí también sus artículos sobre la Marcha Verde. Hace casi veinte años, ¿verdad?, usted debía de ser sólo un muchacho.

No pude disimular mi asombro. Era cierto. Estuve en Melilla en 1975, cuando ni siquiera tenía el título de periodista, haciendo de corresponsal para el diario *Pueblo*. Había llovido mucho desde entonces. Pensé que nadie se acordaría ya de eso.

—Debería usted escribir un libro. Un libro es más permanente, no sé si me entiende, no es algo que se desvanezca después de ser emitido, como esas crónicas de guerra que publican ahora los periódicos, o esos documentales que se pasan por televisión a horas imposibles. Un libro exige mayor seriedad y pervive a través del tiempo, ¿no opina lo mismo?

No sé si estaba de acuerdo con ella, pero lo que sí puedo decir es que me sentía bastante asombrado por su atrevimiento.

—¿Quiere usted que yo escriba un libro? ¿Para eso me ha mandado llamar?

—No exactamente. Quiero proponerle que investigue unos hechos que nadie sabe o nadie ha querido saber. La parte más vergonzosa de la derrota de Annual.

—¿A qué se refiere?

La vieja sonrió.

—A los prisioneros que Abd el Krim capturó durante la guerra del Rif. Usted los mencionaba en su reportaje. Reconozco que hizo un buen trabajo. Me gustó. Pero en ningún momento dio cifras sobre el número de cautivos, ni se preguntó qué había sido de ellos. ¿Sabe cuántos españoles pasaron por ese infierno?

Hice un esfuerzo. Apenas recordaba los datos concretos, pero aventuré una respuesta que debía ser bastante aproximada:

—Creo que unos seiscientos.

La mujer frunció sus finos labios y preguntó con tono condescendiente:

—¿No le parece una cifra demasiado pequeña?

Su actitud resultaba francamente irritante. Eché mano de mi amor propio y traté de demostrarle que a pesar de la resaca sabía muy bien de qué estaba hablando:

—Es pequeña si la comparamos con el número de bajas que tuvo el ejército español durante el verano de 1921 —añadí mientras encendía un nuevo cigarro. Por un momento me sentí como uno de esos tipos du-

ros de las películas—. Murieron entre diez y quince mil hombres en el plazo de dos semanas y media. Las tribus del Rif hicieron prisioneros a algunos soldados que huían despavoridos después de las matanzas de Annual, Igueriben o Monte Arruit. También cayeron en su poder algunos civiles que fueron sorprendidos por el desorden de la retirada. Creo que eran trabajadores de las minas y colonos, pero no podría precisar cuántos, ni quiénes eran.

Lucía Osman asintió en silencio. Presentí que, a pesar de todo, estaba cumpliendo con las expectativas que le habían hecho buscarme con tanto interés. Luego concluí satisfecho:

—Ese asunto terminó cuando se consiguió pactar un rescate con el cabecilla rifeño. Hubo varias negociaciones fallidas y, finalmente, se pudo llegar a un acuerdo por mediación de Horacio Echevarrieta, un industrial vasco que había sido amigo de los hermanos Abd el Krim y que actuó de intermediario. Todos los prisioneros fueron liberados en los primeros meses de 1923.

Entonces habló ella. Su voz estaba desprovista de animación, el tono era neutro, quizás con cierto matiz irónico, pero la expresión de su rostro era grave y las palabras parecían escogidas con cuidado, como si hubiera estado ensayando ante el espejo.

—Se equivoca, señor Ferrer. No fue exactamente así. Es cierto que se produjo una desbandada sin control. A la mayor parte los mataron sin más. Eran cientos de soldados españoles los que abandonaban las posiciones y echaban a correr monte a través. Miles los que quedaban malheridos en el suelo. Dígame, ¿cómo iban a poder ocuparse unos cuántos montañe-

ses hambrientos de un ejército entero? ¿Qué médicos podían atender a esos heridos? No había condiciones para la piedad. Estamos hablando de unos campesinos que se habían lanzado a la guerra para defender sus tierras. No, señor Ferrer, los prisioneros eran sólo un estorbo. Pero, aún así, los hubo. Y muchos más de los que se piensa. Los rifeños hicieron un acto de humanidad al no masacrarlos a todos directamente. Hubiera sido mucho más fácil para ellos. Además, nadie los habría reclamado. En Madrid ni siquiera conocían exactamente las pérdidas que había sufrido el ejército. Era el caos más absoluto. Los soldados aparecían al cabo de semanas, meses incluso. Nadie podía asegurar quién estaba vivo y quién estaba muerto. Después de intentar saber el número exacto de víctimas, al cabo de meses, el gobierno español empezó a reclamar a los supervivientes. Año y medio más tarde, a finales de 1922, se llegó por fin a un acuerdo. El gobierno presidido por García Prieto pagó lo que Abd el Krim pedía en concepto de rescate, así como la cantidad añadida por daños de guerra, unos cuatro millones de pesetas en total, como usted bien sabe. El intermediario era ese millonario vasco que usted ha citado hace un momento, Horacio Echevarrieta, que antes había mantenido contactos con los hermanos Abd el Krim a propósito de ciertas concesiones mineras, seguramente las mismas que compraron veinte años antes los Mannesmann en el Rif. Era un millonario de Bilbao, de ideas liberales, y por aquella época gozaba de cierto prestigio en los ambientes políticos. De hecho, creo que había sido diputado en Cortes. Echevarrieta se ofreció como mediador en el rescate de cautivos. Se

fue a Alhucemas y se entregó como rehén, mientras el gobierno hacía efectivo el rescate y los prisioneros subían a bordo de un buque preparado frente a la playa de Axdir. Creo que incluso puso dinero de su propio bolsillo para que no se malograran las negociaciones. Así consiguió el gobierno español liberar a sus cautivos. Nunca se sabrá lo que realmente costó esa negociación, ni las verdaderas condiciones del acuerdo. Devolvieron al general Navarro y a sus hombres, en total 44 oficiales, 239 soldados y 43 civiles, de los cuales 33 eran mujeres y niños.

Mientras la escuchaba intuí cual podía ser el verdadero motivo de nuestra entrevista. De hecho, esperaba algo así. Seguramente su marido era militar y fue uno de los capturados. O su padre, o su hermano. Y ahora ella quería que el mundo entero lo supiera.

—El proceso de negociación fue cuando menos irregular —añadió la mujer acto seguido—. Al gobierno sólo le interesaba acallar las protestas de la opinión pública. Los socialistas, Prieto sobre todo, pedían a gritos que se dismantelara el Protectorado y que se abandonara Marruecos. Si el ejército no era capaz de liberar a sus propios hombres, ¿qué sentido tenía seguir con la guerra? Era necesario hacer algo que silenciara a los descontentos. Los prisioneros del Rif se convirtieron en una mercancía vergonzosa, en una moneda de cambio para demostrar que aún se podía actuar con mano dura. Los militares consideraban bochornosas las condiciones del rescate. Pensaban que había que liberar a los prisioneros a golpe de bayoneta. Por eso se tardó tanto en reaccionar. Al final, alguien debió de pensar que era mejor pagar los cuatro millones y dejar

sin argumentos a los que pedían la retirada del ejército del norte de África. Se hizo mal y se hizo a la ligera. Quisieron sacar del Rif a los militares, sobre todo a Navarro y a sus hombres. No se preocuparon de saber si Abd el Krim había vaciado realmente sus cárceles o sus campos de prisioneros, no quisieron investigar si quedaban civiles, cuántos había o qué iba a pasar con ellos.

—Ya. Y usted sostiene que no se rescató a todos, que en 1923 todavía quedaban españoles en poder de los rebeldes rifeños —concluí sin el menor esfuerzo.

—Así es —respondió ella.

—Bien, de acuerdo, es posible, no voy a negarlo —admití con desgana—. Pero recuerde que hubo una segunda entrega. Cuando Abd el Krim acordó su rendición a los franceses, en 1926, se liberó a los últimos cautivos que quedaban en el Rif.

—Al día siguiente de la rendición —atajó la mujer—, exactamente el 26 de mayo de 1926, antes de que Abd el Krim y su familia fueran deportados a la isla de Reunión, se puso en libertad a un contingente de 105 militares españoles, 19 civiles, dos mujeres y cuatro niños. En aquella ocasión había también 65 franceses y más de un centenar de mercenarios argelinos y senegaleses. Pero yo no me refiero a ellos.

Me asombró su capacidad para recordar algunos datos que seguramente yo mismo había manejado con anterioridad, pero que de ningún modo podía esgrimir de manera tan clara. Aquella mujer tenía el cerebro ágil, desde luego, y una memoria portentosa para su edad. No obstante, en esos momentos, no pude entender muy bien qué es lo que esperaba de

mí. El Protectorado español había finalizado con un sangriento balance de desaparecidos, pero ese asunto era un simple dato en los anaqueles de la historia, los protagonistas estaban muertos, ya no quedaba nadie que pudiera reclamar justicia, ninguna madre, ninguna novia en busca de un cadáver. ¿A quién quería encontrar?

—Ahora le diré algo que nadie quiso reconocer entonces. Echevarrieta no era el único empresario interesado en los yacimientos mineros de Beni Urriaguel. Sé muy bien que hubo otros, pero no salían en los periódicos, eran como alimañas que trabajaban en la sombra. Se enriquecían con la desgracia de mujeres y niños que vivieron como esclavos en lugares que nadie se ha atrevido nunca a nombrar. Y el gobierno español lo sabía. Los militares españoles lo sabían. Pero esos prisioneros, amigo mío, no interesaban a nadie. Dejaron que Echevarrieta pactara la liberación de Navarro y sus hombres, dejaron que España entera hablara de unos cautivos con nombre y apellidos, alimentaron el folletín del rescate, y al mismo tiempo silenciaron una vergüenza mucho mayor: la de los civiles que nadie reclamaba, verdaderos esclavos en manos de gente sin escrúpulos que los utilizaba como bestias de carga. Echevarrieta era la parte visible de ese terrible drama que ningún diario publicó, la pantalla que usaron para desplazar el interés de los periódicos, pero por debajo de su intervención, y seguramente sin que él mismo lo supiera, había todo un mundo de intereses, inversiones y acuerdos que podían irse al traste si se hacía público lo que realmente sucedió en el Rif.

Se había exaltado más allá de lo que parecía conveniente. Por un momento pensé que estaba ante una loca. Lo que esa mujer quería dar a entender no tenía ningún sentido. Todo el mundo sabe que las guerras están sembradas de injusticias. ¿Qué quería de mí? ¿En qué podía yo ayudarla?

—En ese reportaje que usted hizo se utilizaron algunas fotografías antiguas —dijo de pronto, cambiando de actitud—. Tengo interés en saber cómo consiguió el material fotográfico.

¿De qué coño me estaba hablando? Uno coge cosas de aquí y de allá, sólo es un trabajo, lo haces, te pagan y te vas a casa sin más. Me estaba arrepintiendo de haber accedido a aquella absurda entrevista.

—Una de esas fotografías era de Gerald Holbrooke —añadió entonces ella.

La miré con un repentino interés. ¿Así que sabía quien era Holbrooke? No era frecuente que alguien pudiera reconocer a simple vista una fotografía suya.

—Era un retrato de mujer.

Recordé inmediatamente la imagen a la que se refería. Una muchacha joven, casi una niña, en el corredor de un burdel de Melilla. Tiene la bata entreabierta y se le ven los pechos adolescentes a través de la camisa blanca. Era una foto muy hermosa. La luz entraba suavemente por un lado del corredor y, al fondo, apenas desdibujado por la falta de foco, había un amplio vestíbulo en el que se veían otros cuerpos femeninos, medio desnudos, provocativos, en medio de un grupo de hombres vestidos con uniforme militar. Esa foto me había impresionado, porque resultaba descarnada y cruel, con la pequeña prostituta perdida en ese am-

biente depravado, pero al mismo tiempo era de una extraña ternura, inocente, cálida como un susurro. Holbrooke había conseguido retratar las ambivalencias de un cuerpo y un alma, sin palabras había definido una situación que apretaba el corazón al cabo de tiempo como si fuera una tenaza.

—Quiero que vea esto —dijo entonces la mujer abriendo la caja de cartón.

Sacó del interior media docena de fotografías antiguas y me las tendió. Las miré con detenimiento. Podían ser de Holbrooke, desde luego. En alguna de ellas reconocí ese esmerado estilo pictorialista tan propio del inglés, aunque observé que otras eran urgentes, apresuradas, como si su autor hubiera necesitado ampararse en la clandestinidad para obtenerlas. Desde luego, eran fotos de la guerra de Marruecos y habían sido tomadas a principios de los años veinte.

De soslayo, vi la ansiedad reflejada en el rostro de mi anfitriona. Creo que se dio cuenta del nerviosismo que me producía tener aquellas viejas fotografías en la mano. Holbrooke era una auténtica leyenda, uno de esos aventureros de principios de siglo, que recorrieron el norte de África dejando tras de sí una estela de misterio. Periodista, antropólogo y fotógrafo, vivió en Marruecos durante muchos años, mezclándose con los beréberes del Rif, y estudiando su complicada organización social. Simpatizó muy pronto con la causa de Abd el Krim y con el espíritu nacionalista rifeño. En 1921 estaba casualmente en Beni Urriaguel, en el campamento de Abd el Krim, lo que le convirtió en el primer corresponsal extranjero que contaba la guerra desde el lado rebelde. Sus apasionadas crónicas,

enviadas durante meses a los periódicos británicos, fueron un desesperado intento de conciliación, aunque ciertos diarios europeos, y los españoles en concreto, le tacharon de parcial, renegado y esnob. Holbrooke fue el mejor propagandista de la causa de Abd el Krim. Pero luego, cuando el cabecilla rifeño creó la República Independiente del Rif y se empeñó en conseguir el apoyo de las grandes potencias europeas, le atacó con virulencia, denunciando los abusos, las arbitrariedades y los crímenes que sus tropas habían cometido. Murió abatido por un disparo en una calle de Nador, en el otoño de 1924.

No quise hacer comentarios y seguí estudiando con interés el material gráfico que me había entregado. Había imágenes de los campos de prisioneros. En una aparecía un pequeño grupo de cautivos, tenían las piernas atadas por gruesas cadenas y algunos llevaban sobre los hombros capazos cargados de piedras. El orden en el que estaban dispuestas las fotografías no podía ser casual, me habían sido entregadas con un fin, porque la última de ellas era tan sorprendente e impactante que, cuando contemplé la escena, sentí que el corazón me daba un vuelco. Los bordes estaban abiertos, las esquinas medio rotas, y sin embargo seguía siendo una verdadera obra de arte. En ella aparecía un hombre montado a caballo. En la mano derecha empuñaba una pistola, una Remington francesa, y a los pies del caballo, de rodillas, había un hombre de aspecto maltrecho, con la guerrera militar desgarrada y cubierta de polvo, que agachaba humildemente la cabeza. Una mujer ataviada a la manera rifeña, con un niño en los brazos, contempla desde pocos

metros la escena. En sus ojos había una inconfundible expresión de odio.

Supe de inmediato que aquella foto había sido tomada segundos antes de una ejecución. Uno podía sentir lo que aún no había sucedido, el impacto del tiro en la nuca, el olor de la pólvora, el contacto de un tibio hilo de sangre corriendo por la espalda de un muerto sin nombre.

Recuerdo que dejé las fotografías sobre la mesa y que el pulso me tembló cuando encendí un cigarrillo. Lucía Osman me contemplaba con evidente satisfacción.

—Tienen un gran valor histórico —tuve que admitir—. ¿Desde cuándo las tiene?

Ella no respondió inmediatamente. Cogió las fotografías de la mesa, seleccionó la que mostraba la ejecución y me la tendió de nuevo.

—Mire ese rostro —dijo señalando a la mujer que tenía un niño en los brazos.

Observé atentamente la figura femenina. Los mismos ojos de gacela, el mismo pelo asomando por el pañuelo anudado a la cabeza.

—¿La muchacha del burdel? —pregunté asombrado. Ella asintió en silencio.

Noté una punzada en el pecho. Durante los segundos que siguieron a esa inesperada revelación, intenté pensar con frialdad, pero no pude conseguir otra cosa que un estado de agitación que por momentos se hizo más y más intenso.

—¿Quién era? —pregunté.

—Era hija de un soldado español y de una mujer musulmana —dijo casi en un susurro—. Su padre la

vendió a la dueña de un burdel de Melilla cuando sólo tenía doce años.

Apartó de mí su mirada. En ese instante tuve la certeza de que la muchacha de la fotografía y la vieja eran una misma persona.

—¿Y bien? —dije al cabo de unos instantes.

La vieja levantó la cabeza y me miró con tristeza.

—Ya ve usted, señor Ferrer —añadió con amargura, mientras sus cansados ojos se quedaban fijos en algún punto de la pared—, esa pobre niña fue capturada en 1921 y permaneció cautiva hasta 1926. Nadie la rescató, nadie negoció por ella, su nombre no estaba en ninguna lista, pero milagrosamente consiguió sobrevivir. Era una de las personas por las que el gobierno español no fue capaz de mover un dedo. Y hubo muchos más, se lo aseguro.

Lucía Osman me contemplaba desde su silla de inválida. Se había transformado repentinamente ante mis ojos. Ya no me parecía una vieja chiflada y, desde luego, empezaba a creer que había hecho bien en acudir a aquella cita.

—¿Qué ocurrió? —pregunté sin importarme que la vieja se diera cuenta de que acababa de morder el anzuelo—. ¿La hicieron prisionera?

—Así es —respondió.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Exactamente el 29 de julio de 1921. Muy cerca de El Batel, en una aldea cercana al río Kert.

—No debía de ser un lugar muy seguro. ¿Por qué estaba usted allí?

Se quedó en silencio, pensativa, como si tratara de recordar algo.

—Es difícil de explicar.

—Inténtelo —propuse sin demasiados miramientos.

Ahora era yo el que estaba bien despierto y el que tenía interés en seguir con la conversación.

Entonces ella sonrió débilmente. Señaló la taza que me había traído la sirvienta y añadió:

—Bébase su café. Quiero que oiga lo que tengo que decir. Luego podrá mandarme a paseo si lo desea. No se lo reprocharé.

Así fue como empezó todo. En una habitación en penumbra, a comienzos del verano de 1995, cuando iban a cumplirse setenta y cinco años del desastre de Annual y aparentemente ya no quedaban testigos de aquella terrible masacre por ningún recóndito lugar de la geografía española. Miranda se había ido a Búfalo, César estaba a punto de despedirme, y yo no sabía qué demonios hacer con el trozo de futuro que aún no había conseguido convertir en un montón de cenizas.